

Estas páginas sirven de introducción a *Outside* de Marguerite Duras, una obra que recoge algunos de sus mejores escritos periodísticos. Lo vemos oportuno en un número dedicado al periodismo, por su contundente posición sobre la objetividad de la prensa y, además, por el compromiso sin trascendentalismos que revela por el oficio.

‘El periodista ofrece, para que se vuelva a ver, el mundo’

Por Marguerite Duras

No hay periodismo sin moral.

Todo periodista es un moralista. Es absolutamente inevitable. Un periodista es alguien que mira el mundo, su funcionamiento, que lo vigila cada día desde muy cerca, que lo ofrece para que se vea, que ofrece, para que se vuelva a ver, el mundo, el acontecimiento. No puede llevar a cabo ese trabajo y a la vez no juzgar lo que ve. Es imposible. En otras palabras, la información objetiva es una añagaza total. Es una mentira. No existe el periodismo objetivo, no existe el periodista objetivo. Yo me he liberado de muchos prejuicios, entre ellos éste que a mi juicio es el principal. Creer en la objetividad posible del relato de un acontecimiento.

Escribir para los periódicos es escribir en el acto. No esperar. Aunque la escritura tiene que resentirse de esta impaciencia, de esta obligación de ir deprisa y, por lo tanto, ser un poco descuidada. Esta idea de lo escrito con negligencia no me disgusta.

Ven ustedes, a veces hacía artículos para los periódicos. De vez en cuando escribía para el exterior, cuando el exterior me inundaba, cuando había cosas que me enloquecían, *outside*, en la calle —o cuando no tenía otra cosa mejor que hacer. Esto ocurría.

He escrito, pues, artículos en los periódicos por diversos motivos. El primero, en efecto, era indudablemente salir de mi habitación. En aquel entonces, escribía libros ocho horas al día. Cuando escribía libros, nunca hacía artículos. El exterior me atrapaba en los huecos y en los momentos vacíos. Cuando escribía libros, creo que ni siquiera leía los periódicos. No reparaba en lo que sucedía, ni lo comprendía. Escribir artículos era salir afuera, era mi primer cine.

Las demás razones también; no tenía dinero. Todos los artículos de *Vogue* son alimenticios. Las demás razones también; me lo pedían, prometía crónicas regulares a *France-Observateur*, y luego me veía obligada a respetar los plazos, como con *Libération* en 1980.

Las razones, además, por las que he escrito y escribo en los periódicos, ponen de manifiesto el mismo movimiento irresistible que me llevó hacia la resistencia francesa o argelina, antigubernamental o antimilitarista, antielectoral, etc.; y que también me indujo, como a ustedes, como a todos, a la tentación de denunciar lo intolerable de una injusticia, sea del orden que sea, sufrida por un pueblo entero o por un solo individuo; y que me llevó también hacia el amor cuando enloquece, cuando abandona la prudencia y se pierde donde halla, en el crimen, el deshonor, la indignidad y cuando la imbecilidad judicial y la sociedad se permite juzgar —sobre esto, sobre la

Naturaleza—, como si juzgara la tormenta, el fuego. Pienso, por ejemplo, en el primer artículo que escribí, y que me gustaría poner a modo de encabezamiento en el libro: “Las flores del argelino” —como también en “Nadine d’Orange”, en “Poubelle” y en “La Planche”, hijos de la Beneficencia pública, decapitados a los dieciocho años en 1958 —del mismo modo que en todas las entrevistas con Georges Figón, ese amigo mío que salía de catorce años de cárcel— pienso también mucho en Simone Deschamps de Choisy-le-Roi.

Hubo artículos provocados por el exterior y que estuve muy contenta de hacer. Hubo también los pesados trabajos, hechos para comer, de *Constellation* que firmaba con el nombre de mi tía, Thérèse Legrand; nadie los ha encontrado. Hubo también todas esas novelas que hicimos durante la guerra un grupo de jóvenes, tampoco encontradas nunca, escritas para comprar mantequilla en el mercado negro, cigarrillos y café.

Se han perdido bastantes artículos, entre ellos uno sobre la Callas a la que nunca había visto cantar, y que me permitió vivir durante un año: no tenía elección.

He olvidado bastantes artículos. Los libros no. Los libros no los olvido. He olvidado bastante de mi vida. Excepto mi infancia, y las

aventuras que he podido tener fuera de las normas de la vida cotidiana. De la vida de cada día, no sé casi nada. Excepto mi hijo.

El resto representa una masa de acontecimientos paralelos a mi vida. Es muestra de las susodichas razones y de otras, cada vez diferentes, como cada vez son diferentes los encuentros, las amistades, las circunstancias de un amor o de una tragedia.

Evidentemente, no ha sido a mí a quien se le ha ocurrido publicar estos textos; nunca hubiera pensado en ello. Fue a Jean-Luc Henning, director de la colección "Illustrations" de la editorial Albin Michel, a quien se le ocurrió esta publicación. Y yo me dije: ¿por qué no? ¿Por qué este pudor de pronto? Si sólo se publicara lo que se escribe hoy y no lo de ayer, no habría escritores; si gustara sólo el objeto de hoy y ya no el de ayer, existiría sólo la esterilidad del presente, esta añagaza también, el presente.

No he juzgado los papeles, no los he releído. Yann Andrea lo ha hecho por mí. He dejado hacer. Esto ya no me incumbe.

6 de Noviembre de 1980

*Marguerite Duras (Saigón, 1914-París, 1996).

Autora de una vasta y reconocida obra literaria y periodística. Algunos de sus títulos más conocidos son: *La vida tranquila, Un dique contra el*

Pacífico, Los caballitos de Tarquinia, Días enteros entre los árboles, El Square, Moderato Cantabile, Hiroshima Mon Amour, El arrebato de Lol V. Stein, El amor, Destruir, dice ella, El mal de la muerte, El dolor, El amante (Premio Goncourt en 1984), *Emily L., Ojos azules, pelo negro*, entre otros. Texto extractado de *Outside*, España, Orbis S.A., 1988.